

La experiencia de las Cátedras Nacionales en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (1967-1974)

Alcira Argumedo*

La revolución del tercer mundo

La experiencia de las Cátedras Nacionales se enmarca en un contexto nacional e internacional que, por la dimensión de las transformaciones que se fueron procesando en esas décadas a escala mundial, puede considerarse un corte histórico de época. En los años que siguen al fin de la Segunda Guerra y en un escenario hegemónico por los bloques de poder que lideran respectivamente los Estados Unidos y la Unión Soviética, se despliega la revolución del tercer mundo. A partir de entonces y hasta comienzos de la década de 1970, el 80% de la población humana, unos 2000 millones de habitantes de los territorios de Asia, África y América Latina, que en los cuatro siglos anteriores —con diferencias según las regiones— estuvieron sometidos a dominios coloniales o neocoloniales, protagonizan movimientos de liberación nacional y procesos de descolonización, revoluciones y gobiernos populares, cuestionando con diverso grado de radicalidad los poderes ejercidos por los centros imperiales del Occidente central y por el Imperio del sol naciente de Japón.

Los valores de libertad, igualdad y fraternidad, proclamados por la Revolución francesa a fines del siglo XVIII, serían patrimonio exclusivo de los europeos blancos, no de los esclavos de Haití, ni de las castas de negros, mulatos, indígenas

o mestizos de América Latina. El ejemplo democrático de la Constitución de 1781 de los Estados Unidos proclamaba que los hombres eran libres, iguales, republicanos, representativos y federales, pero los de raza negra continuaban siendo esclavos. La ejemplar monarquía constitucional inglesa otorgaba participación política a los Comunes mientras ejercía su poder colonial en la India; y desde mediados del siglo XIX China se había transformado en una semicolonía, con la política de “puertas abiertas” impuesta por el poderío de Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos y Japón. Los Países Bajos habían sometido a las islas de Indonesia y Francia a Indochina. Inglaterra y Francia se dividían el dominio de los países del Medio Oriente y algunos de las costas africanas.

A fines del XIX y en el contexto de la Paz armada (1870-1914), después de desangrar esos territorios durante los tres siglos anteriores con la caza de esclavos para el comercio con América, las potencias occidentales inician el reparto colonial de África, penetrando en el continente. Las democracias restringidas instauradas en América Latina hacia esos años, luego de varias décadas de enfrentamientos con las vertientes de corte popular, que se remontan a los tiempos de la Independencia, definirán como ciudadanos plenos sólo a determinados sectores de la sociedad: a quienes Bernardino Rivadavia llamara “la

* Socióloga y doctora en Sociología. Nacida en la ciudad de Rosario, fue docente e investigadora del Conicet. Integró las históricas Cátedras Nacionales en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA entre 1968 y 1974. Fue secretaria de Cultura de la provincia de Buenos Aires entre 1973 y 1974. Tras el golpe militar de 1976 se exilió en México, donde trabajó en el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales. Participó en la fundación en 1993 del Frente Grande y en 2007 de Proyecto Sur. Electa diputada en 2009, renovó su mandato en 2013 con el Frente UNEN. Como autora publicó *El Tercer Mundo: historia, problemas y perspectivas* (1971), *Los laberintos de la crisis. América Latina: poder transnacional y comunicaciones* (1985), *Un horizonte sin certezas: América Latina ante la Revolución Científico-Técnica* (1987) y *Los silencios y las voces en América Latina: notas sobre el pensamiento nacional y popular* (1993), texto de referencia obligada en el ámbito universitario.

parte sana y decente de la población”. Las ideas democráticas de la época que portaban Leandro Alem e Hipólito Yrigoyen en Argentina recién lograrían imponer el voto universal y secreto para los varones en las elecciones de 1916.

Los pueblos sometidos a esos dominios coloniales y neocoloniales —a quienes Frantz Fanon llamara “los condenados de la Tierra”— serán los protagonistas de la revolución del tercer mundo. Una revolución que por la magnitud de las masas sociales comprometidas y la densidad de valores culturales y demandas que propugnaban, en términos históricos puede considerarse más importante que la propia Revolución francesa. En 1947, la resistencia pacífica liderada por Mahatma Gandhi alcanza la independencia de la India; en 1948 triunfan las fuerzas de Sukarno en Indonesia y de Ho Chi Minh en la Indochina francesa; en octubre de 1949 Mao Tse Tung proclama que “China se ha puesto de pie”; y desde entonces se suceden nuevas luchas por la independencia y la descolonización.

En abril de 1955, la Conferencia de Bandung en Indonesia reúne por primera vez a los jefes de Estado de veintinueve países asiáticos y africanos de influencia árabe recientemente independizados. Participan líderes como Jawaharlal Nehru de India, Sukarno de Indonesia, Zhou Enlai de China, el primer ministro Pham Van Dong de Vietnam, Gamal Abdel Nasser de Egipto, Muhammad Amin al-Husayni de Palestina y representantes de Afganistán, Arabia Saudita, Camboya, Chipre, Etiopía, Irán, Irak, Jordania, Laos, Líbano, Liberia, Libia, Nepal, Siria, Sudán, Tailandia, Turquía y Yemen. Con el objetivo de favorecer la cooperación económica y cultural afroasiática, en oposición al colonialismo y al neocolonialismo de las antiguas metrópolis y los Estados Unidos, así como a su inclusión en el área de influencia de la Unión Soviética, esta Conferencia será el antecedente del Movimiento de Países No Alineados y tendrá un papel decisivo en la descolonización de África al sur de Sahara, que permanecía bajo el dominio de las potencias europeas.

El Congreso Panafricano, liderado entre otros por Kwame Nkrumah de Ghana, Patrice Lumumba del Congo, Jomo Kenyatta de Kenia y

Julius Nyerere de Tanzania, había sido creado en 1946 con el fin de promover la independencia de los países del África negra. Hacia esos años, las naciones árabes del norte africano y del Medio Oriente, bajo mandatos de Francia e Inglaterra desde el fin de la Primera Guerra Mundial, habían sido declaradas independientes; y ante los resultados de las guerras populares de liberación en China, Indochina e Indonesia, las respectivas metrópolis comienzan a concebir la posibilidad de otorgarles una independencia negociada. Sin embargo, no dudaron en reprimir las protestas y levantamientos en Congo, Kenia o Sudáfrica, con los casos simbólicos del asesinato de Patrice Lumumba y la larga cárcel impuesta a Nelson Mandela.

En 1957, la independencia pacífica de Ghana, liderada por Kwame Nkrumah, inicia el ciclo de la descolonización; en 1960 se independiza Senegal, con el liderazgo de Léopold Senghor; en 1962 Julius Nyerere es designado presidente de la república independiente de Tanganyika-Tanzania. Luego de una larga insurgencia de los Mau Mau de Jomo Kenyatta, Inglaterra reconoce la independencia de Kenia en 1963. Hacia 1965, el proceso de descolonización se había consolidado en casi todos los países africanos, a excepción de las colonias portuguesas de Angola, Mozambique, Guinea Bissau y Cabo Verde. En su mayoría, predominaron las formas pacíficas y negociadas; pero Argelia debió afrontar una larga lucha de liberación contra el imperio francés que culminaría en 1962; y recién en 1974 se independizan Mozambique, Guinea Bissau y Cabo Verde, mientras Angola, una de las regiones africanas que más temprano y duramente fuera devastada por la trata de esclavos, debió afrontar una larga guerra (Worsley, 1966; Argumedo, 1971; Woodis, 1960).

Hacia esos mismos años, en una América Latina subordinada a la hegemonía de los Estados Unidos, se suceden gobiernos de orientación popular y revoluciones, con golpes militares y proscripción de las fuerzas mayoritarias. El Partido Ortodoxo de Cuba es derrocado por Fulgencio Batista en 1952; en Guatemala, el gobierno de Juan José Arévalo (1945-1951) impone duras condiciones a la United Fruit y su sucesor Ja-

cobo Árbenz (1951-1954) es destituido en 1954 por el golpe militar de Carlos Castillo Armas, con el abierto respaldo de la CIA. En Brasil, Getulio Vargas (1951-1954) decide suicidarse antes que entregar su gobierno a los militares golpistas en 1954; el Gral. Juan Perón en Argentina (1946-1952 y 1952-1955) es derrocado en 1955 y proscripido por sucesivos gobiernos militares o civiles hasta 1973. Los líderes de la revolución del Movimiento Nacionalista Revolucionario de Bolivia de 1952 son desplazados por sectores militares de derecha en 1964. En 1959 triunfa en Cuba la revolución liderada por Fidel Castro y el Che Guevara, que tendrá fuerte influencia en distintos movimientos políticos del continente. En Brasil, el gobierno de João Goulart (1961-1964) es destituido por el levantamiento militar de 1964, que se conjuga con el golpe de 1966 contra el gobierno radical de Arturo Illia en Argentina.

Hacia fines de los años sesenta y comienzos de los setenta, se instauran en nuestro continente nuevos gobiernos de orientación popular, que cuestionan el predominio de Estados Unidos. Juan Velasco Alvarado en Perú (1968-1975); Omar Torrijos en Panamá (1968-1981); José María Velasco Ibarra (1968-1972) y Jaime Roldós (1979-1981) en Ecuador; Juan José Torres en Bolivia (1970-1971); Salvador Allende en Chile (1970-1973); Héctor Cámpora (1973) y el Gral. Perón (septiembre 1973-julio 1974) en Argentina.

Además de la desarticulación de los imperios coloniales de Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda y Japón, los procesos insurgentes del tercer mundo afectaron núcleos decisivos del poder de las potencias occidentales —entre otros, la nacionalización de los yacimientos de petróleo y la creación de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo)— y, luego de la derrota norteamericana en Vietnam, tendrán como respuesta la estrategia de restauración conservadora promovida por Henry Kissinger en los gobiernos de Richard Nixon y Gerald Ford, que se desplegará como una ola sincrónica de dictaduras militares, dispuestas a ejercer el terrorismo de Estado para erradicar todo tipo de resistencia política o social. De este modo, las dictaduras se suceden en América Latina: 1971, Bolivia; 1972, Uruguay; 1973, Chile; 1975, Perú; 1976, Argenti-

na; y se conjugan con las dictaduras existentes en Brasil y Paraguay, con una concepción duramente represiva, cuyo símbolo será el Plan Cóndor. En sendos atentados aéreos, mueren en 1981 Omar Torrijos de Panamá y Jaime Roldós de Ecuador. Dictaduras con terrorismo de Estado se imponen al mismo tiempo en países menores del continente asiático y en gran parte de África, cerrando el ciclo de la revolución del tercer mundo (Ribeiro, 1969; Trías, 1967; Argumedo, 1987).

La revolución cultural e intelectual del tercer mundo

En Asia, África y América Latina, los procesos políticos de autonomía nacional fueron acompañados por movimientos intelectuales de reivindicación de raíces e identidades étnico-culturales, despreciadas y sojuzgadas por las consignas de “civilización y barbarie” y la idea de la cultura occidental como la “cultura universal” por excelencia. Entre otros, en el contexto de sus luchas por la liberación, los aportes de Ho Chi Minh o Mao Tse Tung reformulan el marxismo europeo desde la mirada de las regiones periféricas, al incorporar en sus concepciones teóricas nuevas y más complejas contradicciones en el desarrollo de la historia y la política, que incluyen la problemática nacional y al mismo tiempo definen al sujeto revolucionario como pueblo, integrado por diversas clases sociales y claramente más complejo que el proletariado de los países centrales. En el mismo sentido, desde Argelia los aportes de Frantz Fanon cuestionan el concepto marxista de conciencia enajenada, en tanto para los colonizados el solo color de su piel hace evidente la explotación. Concepciones que van a sensibilizar a intelectuales europeos como Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir y Herbert Marcuse (Mao Tse Tung, 1961; Ho Chi Minh, 1971; Fanon, 1963).

En los países de África se destacan las corrientes de “la negritud”, encabezadas entre otros por el senegalés Léopold Senghor y el martinico Aimé Césaire, que valorizan con sus concepciones y sus poesías la dignidad de su raza; y estos aportes tendrán una importante influencia en Martin Luther King y el movimiento negro de los Estados Unidos. En ese contexto, el intelectual

senegalés Cheikh Anta Diop va a comprobar en su cuarta tesis de doctorado presentada en la Sorbona —antes se había doctorado en Biología, Egiptología y Física Atómica en esa misma Universidad— que la cultura del Alto Egipto del 3000 a. de C., madre de la cultura griega, que a su vez es considerada madre de la cultura occidental, era de raza negra. La valorización de los seres humanos más brutalmente condenados y despreciados por el poder del Occidente central. Incorpora además la historia de la Universidad de Tombuctú en el Imperio mandinga de Malí donde, junto a otros avances en diferentes ciencias, ya en el siglo XIII los médicos negros hacían operaciones e incluso cesáreas utilizando anestesia, que recién sería incorporada en Europa hacia el siglo XIX. Entre otros, el presidente de Ghana Kwame Nkrumah tendrá una importante influencia con sus escritos sobre el neocolonialismo (Arnault, 1960; Panikkar, 1963; Woodis, 1960; Badian, 1967).

En esos mismos años, en América Latina se despliega un rico movimiento cultural e intelectual que acompaña el *boom* de la literatura latinoamericana, con obras donde se relatan historias y ficciones de un continente que, en palabras de Gabriel García Márquez al recibir el Premio Nobel, estaba en la búsqueda de una identidad propia, en tanto “la interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a tornarnos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios” (1981). Una búsqueda que se reproduce en el campo de la cinematografía con películas que hablan de las vidas y los relatos de los desheredados y serán reconocidas en festivales europeos; entre otras, en 1967 es premiada en Venecia *La hora de los hornos*. En 1968, el Encuentro de Medellín de los obispos latinoamericanos dará un fuerte impulso a las corrientes de la Teología de la Liberación y al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, que promueven la opción por los pobres y la especificidad de la pastoral en este continente. La teoría de la dependencia se enriquece con los aportes de autores como Theotônio Dos Santos, André Gunder Frank, Ruy Mauro Marini, Celso Furtado, Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, junto a los escritos de Darcy Ribeiro y otros en el campo de la antropología.

Las Cátedras Nacionales

Los pasos previos

En ese conmocionado contexto internacional, latinoamericano y argentino, entre 1967 y 1974 se desarrolla la experiencia de las Cátedras Nacionales en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Cuando la dictadura militar del general Onganía interviene la Universidad de Buenos Aires en julio de 1966, con un hito en la Noche de los Bastones Largos en la Facultad de Ciencias Exactas, también en Filosofía y Letras se producen masivas renuncias y expulsiones de docentes de todos los niveles. La renuncia a las cátedras parecía cerrar las puertas a la carrera académica para muchos jóvenes que recientemente nos habíamos graduado en Sociología, Historia, Filosofía o Antropología. No obstante, a los pocos meses, un grupo de compañeros íbamos a tener un privilegio invaluable: el profesor José Luis Romero —brillante historiador y excepcional ser humano— convocó, junto con Gregorio Selser —periodista y también excepcional ser humano— a algunos antiguos alumnos para conformar un grupo de estudios sobre América Latina, por fuera de los ámbitos universitarios. Durante dos años, en reuniones realizadas en casas particulares cada quince días, se evaluaban los trabajos e investigaciones que cada uno debía realizar según un plan común, en un enriquecedor intercambio de ideas que combinaba la mirada integradora del historiador con la información periodística puntual y detallada.

En esa experiencia, una de las claves planteadas por José Luis Romero fue la no resolución en América Latina de los problemas generados por la conquista y la colonización, a causa de la impostación de un núcleo conquistador sobre la masa aborigen derrotada: “La cuestión del enfrentamiento entre los grupos blancos dominantes y los grupos indígenas, negros, mestizos y mulatos, ha asumido caracteres de problemas decisivos en la historia y constituyen cuestiones de palpitable actualidad. Puesto que son problemas vivos que han originado actos de poder, se insertan en el cuadro de la historia política y de la actualidad política” (Romero, 1965, 1967).

Romero consideraba que a esta problemática étnico-cultural y social debía incorporarse además la existencia de *otras ideas* en nuestro continente. Al respecto, afirmaba:

No llamo ideas solamente a las expresiones sistemáticas de un pensamiento metódicamente ordenado, sino también a aquellas que aún no han alcanzado una formulación teórica rigurosa [...] Esas *otras ideas*, las no rigurosas, suelen tener más influencia en la vida colectiva. Son expresiones de ciertas formas de mentalidad y suponen una actitud frente a la realidad y un esquema de las formas que se quisiera que la realidad adoptara. Todo ello no suele ser engendrado en la mente de las elites. Suele ser el fruto de un movimiento espontáneo de vastos grupos sociales que se enfrentan con una situación dada y piensan en ella como su restrictiva circunstancia, sin perjuicio de que de las elites salga quien provea la forma rigurosa de la expresión conceptual y, acaso, la divisa rotunda capaz de polarizar a las multitudes y enfrentar amigos y enemigos (Romero, 1967).

Para varios de los que participamos en ese grupo —entre otros, Susana Checa, Jorge Carpio y Gunnar Olsson—, a esa experiencia intelectual se sumaría un viaje iniciático por Bolivia y Perú a principios de 1967, donde entrevistaríamos a investigadores y escritores con quienes nos habían contactado Romero y Selser. Ese descubrimiento de la historia social de América Latina y sus potencialidades culturales e intelectuales sería un punto de no retorno en nuestra trayectoria académica. Cabe señalar que, si bien fuera de las fronteras de Argentina coincidíamos totalmente con las posturas de esos dos verdaderos maestros, ellos venían de una militancia socialista enfrentados al peronismo, mientras varios de nosotros nos definíamos como peronistas: la nobleza y el respeto que supieron transmitir hizo que esas diferencias no fueran obstáculo para un trabajo enriquecedor. Al mismo tiempo, otros compañeros que militaban en el peronismo también se habían planteado similares inquietudes acerca de las otras ideas y

la otra historia, con las lecturas de los libros del general Perón, Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz, Rodolfo Puiggrós o Juan José Hernández Arregui y autores de la llamada línea nacional (Perón, 1968; Jauretche, 1959; Hernández Arregui, 1973; Scalabrini Ortiz, 1950).

La paradoja de los normalizadores

Con el fin de normalizar la carrera de Sociología, a fines de 1966 el nuevo decano de Filosofía y Letras designó a dos profesores de la Universidad Católica Argentina: el historiador Gonzalo Cárdenas, de orientación revisionista, y el sacerdote Justino O'Farrell, vinculado con la Pastoral Social, que por entonces estaba elaborando lo que más tarde sería la Teología del Pueblo, de la cual participaría el joven sacerdote jesuita Jorge Bergoglio (Scannone, 2014). Contrariamente a lo esperado, Cárdenas y O'Farrell mostraron una generosa amplitud de criterio, invitando a reincorporarse a docentes expulsados o renunciados, sin importar su orientación política o ideológica. Lo nuevo fue que, además de sociólogos, en las cátedras se incorporaron filósofos, antropólogos, historiadores y economistas, de modo tal que fue posible reunir en grupos de trabajo una mirada interdisciplinaria de las ciencias sociales y las humanidades en el marco de la problemática histórica, política y social de Argentina y América Latina. A su vez, la eliminación de la autonomía universitaria como un factor de disciplinamiento de los estudiantes tuvo el efecto paradójico de promover una creciente confluencia de las luchas estudiantiles con las de los trabajadores, en su mayoría de orientación peronista, alimentando un fluido contacto de los universitarios con sectores populares: la CGT de los Argentinos, creada en marzo de 1968, sería uno de los principales espacios de ese encuentro.

Como resultante del intercambio de ideas entre las distintas disciplinas en los grupos de trabajo, que se reunían regularmente con el objetivo de definir los temas y autores a ser abordados en las diferentes cátedras, se fueron planteando ejes de análisis de las principales corrientes teóricas de las ciencias sociales, la filosofía, la his-

toria y la antropología. Un primer aspecto crítico fue reflexionar acerca de que, en general, existe una tendencia a considerar que las ideas flotan en el aire y se trata de tomarlas y aplicarlas, ignorando los condicionantes histórico-culturales y políticos de los autores que las formularan. La lectura de la totalidad de la obra de cada autor y el situarlo en el contexto histórico en el cual fue gestada —revirtiendo así la tendencia a estudiarlos fragmentariamente a partir de determinados capítulos— no solamente permitió obtener ciertas claves derivadas de esos condicionantes, sino además conocer sus opiniones, generalmente ocultadas, acerca de los pueblos y culturas de las regiones periféricas.

Las corrientes teóricas del Occidente central

Carlos Marx y el proletariado europeo

Este ejercicio nos permitió tener una evaluación diferente de autores como Kant, Hegel, Marx, Weber y otros; y también preguntarnos acerca de la posibilidad de elaborar una mirada autónoma desde la perspectiva histórico-cultural y política de las mayorías sociales de nuestro continente. En síntesis, preguntarnos por el potencial teórico de los patrimonios histórico-culturales y las perspectivas políticas de los pueblos de América Latina. El análisis de los procesos históricos y la elaboración del pensamiento teórico en los países del Occidente central hizo posible confrontarlos con el pensamiento político de corte popular y emancipador, formulado por líderes y pensadores latinoamericanos en distintas etapas de la historia.

Tomado en trazos muy gruesos, en el caso de Carlos Marx, desde esta perspectiva analítica evaluábamos que el escritor europeo más revolucionario y deslumbrante concibió su sistema teórico entre mediados y fines del siglo XIX, en sociedades autónomas —Alemania, Inglaterra, Francia— y caracterizadas por un universo étnico-cultural significativamente homogéneo. Como ejemplo, en la Alemania de su época los campesinos alemanes se convertían en proletarios alemanes al llegar a las ciudades alemanas y serían explotados por burgue-

ses alemanes, con sus contradicciones y alianzas frente a los señores de la tierra alemanes. Dado ese contexto, la clave sustancial era la explotación del proletariado, a través de la extracción de plusvalía en el proceso productivo; y su proyecto político-histórico se sustentaba en una rigurosa formulación teórica, que buscaba probar la necesidad de superación del capitalismo por una forma superior de producción y organización social, el socialismo. El proletariado europeo sería el artífice necesario de esa transformación en el proceso de la lucha de clases contra las burguesías, cuya condición era superar la conciencia enajenada que le impedía percibir la explotación a la cual estaba sometido. Al respecto, la novela *Príncipe y mendigo* de Mark Twain publicada en 1881 daba cuenta de la posibilidad de tomar un mendigo, acicalarlo y enseñarle modales, de modo tal que podía pasar por el príncipe, ya que no existían entre ambos diferencias étnicas o culturales significativas.

En esta concepción, la problemática de la soberanía nacional y la composición étnico-cultural de las sociedades carecían de relevancia. A su vez, si bien en relación con las sociedades periféricas Marx reconoce el carácter brutal de la acumulación primitiva del capital, que nace cubierto de sangre y lodo con la trata de esclavos y el despojo del oro americano, en la evaluación de distintos acontecimientos posteriores de carácter internacional sus posiciones tienden a avalar las políticas coloniales o neocoloniales. En tanto las condiciones necesarias para la revolución del proletariado requieren del desarrollo de las fuerzas productivas promovido por la burguesía, durante una etapa de la historia la burguesía cumple un papel revolucionario al

arrastrar a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras [...] Los bajos precios de las mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros [...] Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los

países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente (Marx, 1956, 1973).

Hacia 1848, mientras Europa se conmocionaba con las luchas obreras y salía a la luz el *Manifiesto Comunista*, en la guerra del Opio, Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Japón derrumbaban las murallas de China y se iniciaba un siglo de ocupación semicolonial en ese país. Desde su perspectiva, Marx apoya esa presencia, así como el papel de Inglaterra en la India, y considera un avance histórico la apropiación de Texas por parte de Estados Unidos en la guerra con México (Marx, 1973). En esos conflictos se producen situaciones dramáticas, que incluso el propio Marx advierte sin profundizar en el tema, al señalar que los obreros ingleses se comportan ante los obreros irlandeses como ingleses y no como obreros. La deportación de los insurrectos de las barricadas de París, denunciada por Marx al analizar las luchas sociales en Francia (Marx, 1968), tendrá su contracara en los territorios argelinos:

Por un curioso capricho del destino, fueron los obreros parisienses que habían vencido a Luis Felipe (en los cuales la Segunda República preveía a posibles revoltosos y a seguros desempleados) los que marcharon a Argelia para completar la obra del general Bugeau. En menos de dos años desembarcaron en Argelia cerca de veinte mil franceses, dando comienzo a aquel sistemático despojo de las tierras fértiles, que debía ser una de las notas dominantes de la colonización (Calchi Novati, 1970).

Max Weber y la gran burguesía alemana

La otra gran corriente teórica de las ciencias sociales del Occidente central, formulada por Max Weber hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX, tiene sus raíces en la matriz de la filosofía jurídico-política liberal. Esta corriente de pensamiento considera al individuo como núcleo de la sociedad, que se conforma me-

dante un pacto constitutivo entre individuos libres e iguales para la formulación de leyes de convivencia y articulación de la dinámica social. Por entonces, Alemania se debatía políticamente entre dos opciones principales. Por una parte, la Socialdemocracia con influencia marxista —a pesar de la redefinición del sector liderado por Friedrich Ebert en 1890, poco antes del inicio de la carrera académica de Max Weber— promovía la lucha de clases para alcanzar el triunfo del proletariado e imponer el socialismo, teniendo como objetivo la construcción del internacionalismo proletario. Por otra, las corrientes liberal nacionales, a las cuales pertenecía el padre de Weber, planteaban la necesidad de alcanzar una unión nacional bajo hegemonía burguesa, para consolidar el capitalismo y transformar a Alemania en una potencia mundial.

Sustentado en ese sustrato histórico-cultural y en ese horizonte político, Max Weber va a formular la crítica teórica más integral y erudita al pensamiento de Marx y Engels, desde la perspectiva del liberalismo jurídico-político, partiendo de la noción del individuo con voluntad y conciencia: la acción social con sentido mentado, punto de partida de *Economía y sociedad*. Lo social se constituye en tanto los individuos participan en múltiples y variados espacios de acción y las diferentes formaciones sociales son desarrollos y entrelazamientos de acciones individuales, en tanto solamente los individuos pueden ejercer una acción con sentido. Entre otros aportes de este trabajo fundante de las ciencias sociales modernas, la definición de las clases sociales, conformadas por la situación de clase en la cual se encuentran los distintos individuos en función de sus recursos económicos, pero con relaciones lábiles entre sí que permiten el pasaje de una a otra, daría cuenta de la errónea concepción de la lucha de clases. En el mismo sentido, desde el surgimiento histórico del capitalismo, el concepto de ciencia o los tipos de dominación, las categorías weberianas cuestionan todos y cada uno de los conceptos marxistas, reafirmando que las teorías críticas son transdisciplinarias. Al igual que a Marx, no es posible definir a Weber como economista, sociólogo, filósofo o historiador. Por el contra-

rio, evidencia la riqueza de un abordaje integral que supera las fronteras disciplinarias; porque todo pensamiento crítico es abarcador (Weber, 1955, 1964, 1982).

En el “espíritu de época” de la expansión imperialista, Weber no dudará en afirmar que, en tanto las potencias europeas están llevando a los pueblos periféricos los invaluables beneficios de la civilización, bajo formas coloniales o neocoloniales, esos pueblos se transforman en “acreedores” de las respectivas metrópolis y deben pagar un precio por el aporte civilizatorio. Además, advierte a los proletarios europeos acerca de las consecuencias altamente negativas que significaría para esos países, y en especial para los ingresos y el bienestar de las clases obreras, la pérdida del aporte de los pueblos acreedores. Lo cual avala la racionalidad de las políticas imperiales y el dominio colonial. Paradójicamente, en este aspecto y por encima de las profundas diferencias y la radicalidad de su crítica a Marx, desde perspectivas antagónicas ambos coinciden en evaluar positivamente los dominios impuestos por las burguesías europeas sobre los países de la periferia, otorgándoles un carácter civilizador. De este modo, la idea de “civilización o barbarie” y la convicción acerca de que la cultura occidental es la “cultura universal” por excelencia tiñen el pensamiento europeo incluso en sus versiones más radicalizadas. Concepciones que también impregnan las ideas filosóficas de Kant o Hegel y otros pensadores del mundo central (Weber, 1964).

Esta interpretación de las corrientes teóricas predominantes en las ciencias sociales y la filosofía coincidía con la mirada de otros grupos e intelectuales que buscaban aportar a la elaboración de un pensamiento crítico latinoamericano. Entre otros, el filósofo Arturo Andrés Roig señalaba:

Las filosofías de la historia, en particular las que produjo el siglo XIX, pueden ser consideradas como discursos políticos abiertamente intencionados, en los que se ha plantado como objeto señalar el camino que se debía recorrer, como asimismo los escollos que se debían evitar,

para que las potencias europeas pudieran cumplir con un destino al cual se sentían convocadas dentro del vasto proceso de dominación del globo iniciado con el Renacimiento. De este modo, puede afirmarse que la filosofía de la historia acabó constituyéndose, en una de sus líneas de desarrollo, sin duda la de mayor volumen, en un modo de filosofía imperial (Roig, 1981).

La matriz autónoma de pensamiento nacional-popular en América Latina

Los análisis elaborados en los grupos de trabajo de las Cátedras Nacionales, desde la mirada de las mayorías sociales de América Latina y recuperando el aporte de sus líderes y pensadores, nos permitió afirmar que, a partir de la etapa de la Independencia y retomando sustratos culturales con raíces en valores y concepciones de los pueblos precolombinos, se formularon en nuestro continente las ideas más avanzadas de la época acerca del reconocimiento de la dignidad de identidades étnico-culturales largamente despreciadas, la definición del carácter integralmente humano de todos los seres humanos y el concepto de democracia. Una perspectiva para la cual la idea de explotación del marxismo europeo debía ser necesariamente más compleja, al incluir la problemática de la autonomía nacional y la composición étnico-cultural de nuestras sociedades. Partiendo de estas definiciones, la formulación de una matriz autónoma de reivindicación popular y soberanía nacional en América Latina, desde el espacio epistemológico de sus mayorías sociales, planteaba la necesidad de transitar un camino inverso al del análisis de las corrientes teóricas del Occidente central. Si en Marx, Weber y otros autores que conforman las principales corrientes de la filosofía y las ciencias sociales, era preciso considerar sus condicionantes histórico-culturales y el sentido político de sus formulaciones teóricas, que respondían a determinados sujetos históricos, en América Latina debíamos preguntarnos por el potencial teórico de los condicionantes histórico-culturales y las concepciones políticas formuladas por los líderes y pensadores la-

tinoamericanos, que sustentaban los derechos de esas mayorías junto a las aspiraciones de soberanía nacional.

Desde las primeras formulaciones políticas en los tiempos de la Independencia, con un punto inicial en las proclamas de Túpac Amaru y Túpac Katari, junto a la experiencia fundante de una democracia integral —política, socioeconómica y cultural— instaurada en Haití en 1804 por Alexandre Pétion y los antiguos esclavos de la colonia francesa de Saint-Domingue al independizarse del dominio francés, se plantea en América Latina la eliminación de la esclavitud y la servidumbre indígena, junto al reconocimiento como ciudadanos plenos de esos seres humanos considerados castas inferiores por las potencias coloniales europeas. Seres menos que humanos para quienes no eran extensibles los valores de libertad, igualdad y fraternidad, ni la idea de democracia.

En contraste, los líderes de las primeras etapas de las luchas independentistas hacia 1810 —Miguel Hidalgo y José María Morelos en México; Simón Bolívar en la Gran Colombia; José de San Martín, Manuel Belgrano y José Artigas en el Río de la Plata—, sin un contacto inicial entre sí y en forma prácticamente simultánea, formulan las ideas sociales más revolucionarias de la época, referidas a los derechos de los sectores despreciados y explotados del continente: un humanismo radical, que reconoce a todos los seres humanos como integralmente humanos. En 1815, también Artigas impone una democracia como modelo abarcador de sociedad, política, socioeconómica y cultural, y declara la eliminación de la esclavitud y la servidumbre indígena, junto al reconocimiento como ciudadanos plenos de esas castas de negros, mulatos, indígenas y mestizos, incluyendo el reparto de tierras entre los desheredados. Cabe mencionar que en los Estados Unidos la esclavitud se elimina en 1865 luego de la guerra de Secesión y los afrodescendientes recién podrán votar como ciudadanos plenos en 1965, 150 años más tarde.

Si bien la formación y las trayectorias de estos líderes son muy disímiles, el carácter simultáneo y las similitudes de sus propuestas indicarían la

influencia que tuvo en ellos la composición mayoritaria de sus tropas, conformadas por esas castas. Como señalara el general San Martín:

Los ricos y los terratenientes se niegan a luchar, no quieren mandar a sus hijos a la batalla, me dicen que enviarán tres sirvientes por cada hijo para no tener que pagar las multas. Dicen que a ellos no les importa seguir siendo colonia y sus hijos quedan en sus casas gordos y cómodos. Un día se sabrá que esta Patria fue liberada por los pobres y los hijos de los pobres, nuestros indios y los negros, que ya no volverán a ser esclavos (Galasso, 2000).

Una situación similar se plantea en el México de Hidalgo y Morelos; y Bolívar incorpora estas concepciones bajo la influencia del maestro Simón Rodríguez y en especial luego de su experiencia en Haití: a causa de sus primeras derrotas, debió huir de Colombia y refugiarse en esa isla junto con el joven Antonio José de Sucre, donde reciben el apoyo incondicional con armas y formación militar del presidente Alexandre Pétion (Bosch, 1966; Vitale, 1987). La distribución de tierras promovida por Artigas debía favorecer a quienes integraban sus huestes revolucionarias: “los paisanos, los hombres sueltos de los campos —gauchos y tupamaros— los tapes misioneros, los negros y zambos esclavos, los grupos indígenas montaraces” (Bruscherá, 1971; Reyes Abadie, Bruscherá y Melogno, 1971). Los portadores de esas *otras ideas* en América Latina.

Un aspecto significativo de estas corrientes de pensamiento latinoamericano, será la reivindicación de la autonomía intelectual y económica de las mujeres. Las escuelas integrales creadas por Simón Rodríguez en Chuquisaca a instancias de Bolívar, luego de alcanzada la independencia en la batalla de Ayacucho en 1824, estaban principalmente destinadas a los niños y niñas de las clases populares. El objetivo era darles un oficio y una formación intelectual, para que pudieran desempeñarse en la vida y aportar a la construcción de las nuevas naciones. El decreto de creación señalaba especialmente que esa formación y esos oficios debían

otorgarse también a las mujeres “para que no se prostituyeran por necesidad ni hiciesen del matrimonio una especulación para asegurar su subsistencia” (Grases, 1953).

Si bien la derrota de los primeros líderes de la emancipación —los fusilamientos de Hidalgo y Morelos; la desmoralización de Bolívar y su muerte antes de partir al exilio; los exilios de San Martín y Artigas— marca el retroceso de estas reivindicaciones, desde entonces y en los dos siglos siguientes, con avances y retrocesos, triunfos y derrotas, se reiteran en nuestra América experiencias políticas y una producción intelectual que irá enriqueciendo y reformulando esta corriente de ideas. Las Cátedras Nacionales se proponían aportar al desarrollo de una matriz autónoma de pensamiento a partir de estos condicionantes histórico-culturales y el sujeto político de las mayorías populares —un equivalente al proletariado europeo en Carlos Marx o a la burguesía alemana en Max Weber— como base para la formulación de un pensamiento crítico en las ciencias sociales. Una mirada compleja, en la cual el tema de la explotación social se conjuga con la problemática de la autonomía nacional y la composición étnica y cultural de este continente. Al respecto, es significativo que los aportes de influencia marxista de las sociedades periféricas con los cuales teníamos cercanía —Mao Tse Tung, Ho Chi Minh, Frantz Fanon o Kwame Nkrumah— asimismo incorporan con rasgos propios esta complejidad.

Además del estudio de la historia del Occidente central y de las áreas periféricas de Asia, África y América Latina, como marco para el análisis crítico de las principales corrientes teóricas de la filosofía y las ciencias sociales, en las Cátedras Nacionales se legitimaron como bibliografía de distintas materias los aportes de líderes y escritores argentinos, latinoamericanos o del tercer mundo que, según los criterios de las ciencias oficializadas, carecían de legitimidad o rigurosidad en su capacidad interpretativa de los procesos sociales. En síntesis, se buscaban caminos para la construcción de esa universidad americana que promovía José Martí, porque:

Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra. [...] el libro importado ha sido vencido en América Latina por el hombre natural [...] No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza [...] La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, desde los incas para acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia [...] Ni el libro europeo ni el libro yanqui daban la clave del enigma hispanoamericano (Martí, 1971).

En especial a partir de los aportes de Gunnar Olsson, el concepto de matrices de pensamiento nos permitió definir en grandes rasgos las principales corrientes de pensamiento y sus vertientes en el campo de las ciencias sociales, tomando como base el concepto de naturaleza humana originaria y la idea de conformación y dinámica de las sociedades, que explícita o implícitamente sustenta cada una de ellas (Olsson, 1970a). Con esta perspectiva, en los cursos teóricos se analizaban las respectivas matrices del liberalismo económico, el liberalismo jurídico-político y el marxismo, con sus vertientes y autores más representativos, a fin de contrastar sus diferencias y eventuales coincidencias con el pensamiento de las tradiciones populares de América Latina. En una breve síntesis de esta problemática, que hemos desarrollado más extensamente —como fruto de ese pensamiento colectivo— en *Los silencios y las voces en América Latina*, el objetivo era definir un punto de partida claramente diferenciado de la matriz latinoamericana, como base para el análisis y reformulación crítica de los conceptos predominantes en las ciencias sociales (Argumedo, 1993).

La definición de naturaleza humana originaria de Marx, critica el “robinsonismo” de las dos matrices del liberalismo, para las cuales los individuos preceden a la sociedad: los individuos egoístas que conforman la sociedad a través del mercado en la búsqueda de su propio interés, del liberalismo económico; y los individuos libres e iguales que establecen un pacto constitutivo para conformar la sociedad y superar el estado de naturaleza, en la con-

cepción jurídico-política liberal. En contraste, Marx afirma que el hombre es un ser social, que no puede concebirse como tal al margen de su inserción en una sociedad históricamente determinada, donde el modo como producen su vida material y las relaciones de producción e intercambio que establecen, condicionados por el desarrollo de las fuerzas productivas y la división social del trabajo, caracteriza las diversas formaciones sociales y es la base real que condiciona las formas de conciencia en tanto producto social.

Retomando la crítica de Marx al robinsonismo de las matrices liberales y su definición de la naturaleza humana como ser social, desde la perspectiva latinoamericana es preciso superar lo abstractamente universal —que tiende a identificarse con la cultura occidental y el hombre blanco europeo— y se lo define como un *ser social identificado*. A través de sus relaciones primarias, comenzando por la lactancia y la familia, el ser humano adquiere *un* lenguaje —no *el* lenguaje— y una conciencia de pertenencia, una identidad sociocultural. Formas culturales y particulares de relación, visiones del mundo y de la naturaleza que le dan identidad en ese proceso tan antiguo como el hombre mismo, que es la incorporación de las nuevas generaciones a los propios códigos culturales a través de la socialización. En tanto *ser social identificado*, el ser humano se desarrolla en el interior de un *nosotros* social, en grupos de solidaridad y adscripción que los diferencian de *otros* sociales con los cuales pueden establecerse distintas relaciones, dentro de los marcos polares de la cooperación y el antagonismo. Las identidades culturales —que suponen una gran complejidad en su conformación y tienen un carácter dinámico, con distintas instancias de pertenencia— han actuado como fuerzas materiales en el devenir de la historia, dando lugar a las acciones más nobles y a las más aberrantes, como ejemplifican las guerras, por encima de las formaciones sociales predominantes en cada período histórico: en las sociedades primitivas y en las altamente desarrolladas, en las precapitalistas, en las capitalistas, en las socialistas y en las postsocialistas (Argumedo, 1993).

A su vez, en tanto no existen, salvo casos excepcionales, sociedades totalmente aisladas, el concepto de sociedad comprende tres dimensiones: 1) las referidas a su diferenciación interna en clases, fracciones o sectores sociales articulados en función de la propiedad, la distribución y el control de los recursos económicos estratégicos, que hacen a la capacidad de acceso a las condiciones de vida establecidas cultural e históricamente en función de las potencialidades técnicas y productivas en diferentes etapas de su historia; 2) el papel y la conformación de las identidades étnico-culturales en el interior de cada sociedad y en relación con otras sociedades, que se vincula con el problema de las nacionalidades y la cuestión nacional; 3) el carácter de las relaciones establecidas entre estas comunidades sociales y otras sociedades en el devenir de la historia; relaciones dominantes o subordinadas que han tenido una influencia incuestionable en las sociedades latinoamericanas. Esta breve definición de los rasgos que caracterizan la matriz de pensamiento latinoamericano constituye un punto de partida y conlleva un conjunto de problemas que indican la necesidad de redefinir conceptos analíticos y cuestionar la división de la humanidad entre modernos y atrasados, civilizados y bárbaros; así como relativizar las tendencias necesarias, las leyes naturales y similares (25).

Un ejercicio adicional que permitía dar cuenta de estos contrastes, fue comparar autores del Occidente central y pensadores latinoamericanos contemporáneos entre sí, de modo tal de resaltar las muy disímiles condiciones de producción y difusión de sus respectivas ideas. A modo de ejemplo, cuando en mayo de 1895 Max Weber iniciaba su carrera académica con el discurso de la Universidad de Friburgo, José Martí —uno de nuestros más brillantes pensadores— moría luchando por la independencia de Cuba. Esas disímiles condiciones de producción y difusión de ideas entre los pensadores del Occidente central y los de las vertientes populares en América Latina golpearon a integrantes de las Cátedras Nacionales. La estrategia de restauración conservadora impulsada por Henry Kissinger a comienzos de los años setenta, con la imposición de dictaduras militares genocidas

dispuestas a ejercer un terrorismo de Estado a fin de eliminar todo tipo de resistencia política, social o cultural, impuso un fin trágico a la revolución del tercer mundo, y también a la experiencia de esos jóvenes docentes de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

Se trataba de un pensamiento en plena elaboración y de allí que, salvo los artículos en las revistas *Antropología 3er Mundo o Envío* y los libros de Roberto Carri o fascículos del Centro Editor de América Latina, la mayor parte de las ideas quedaron registradas en apuntes y en las clases teóricas desgrabadas a cargo de la mítica librería El Cimarrón. En *Los silencios y las voces en América Latina*, publicado a principios de los años noventa, intentamos recuperar esas ideas en contraste con un “espíritu de época” impregnado de euforia neoliberal, de un nuevo orden mundial hegemonizado por Estados Unidos y del “fin de la historia”. No obstante, en poco más de una década, esa euforia comenzaría a debilitarse, indicando que ni la historia de reivindicación de su dignidad, ni las luchas por la justicia y la autonomía han finalizado para las mayorías populares de América Latina.

Referencias bibliográficas

Argumedo, A.

(1971). *El Tercer Mundo: historia, problemas y perspectivas*. Colección Transformaciones nro. 7. Buenos Aires: CEAL.

(1987). *Los laberintos de la crisis. América Latina: poder transnacional y comunicaciones*. Buenos Aires: Puntosur-ILET.

(1993). *Los silencios y las voces en América Latina. Notas sobre el pensamiento nacional y popular*. Ediciones del Pensamiento Nacional. Buenos Aires: Colihue.

Arnault, J. (1960). *Historia del colonialismo*. Buenos Aires: Futuro.

Badian, S. (1967). *Las vías del socialismo africano*. Barcelona: Ediciones de Cultura Popular.

Bosch, J. (1966). *Bolívar y la guerra social*. Buenos Aires: Jorge Álvarez Editor.

Bruscher, O. (1971). *Artigas*. Montevideo: Biblioteca de Marcha.

Bruscher, O.; Reyes Abadie, W. y Melogno, T. (1971). *El ciclo artiguista*. Montevideo: Margarita Silberberg - Impresora Cordón Editores.

Calchi Novati, G. (1970). *La revolución argelina*. Barcelona: Bruguera.

Fanon, Frantz (1963). *Los condenados de la tierra*. México: FCE.

Galasso, N. (2000). *Seamos libres, lo demás no importa nada. Vida de San Martín*. Buenos Aires: Colihue.

García Márquez, G. (1981). *La soledad de América Latina*. Discurso en Estocolmo al recibir el Premio Nobel de Literatura.

Grases, P. (1953). *Los escritos de Simón Rodríguez*. Caracas: Ediciones de la Sociedad Bolivariana de Venezuela.

Hernández Arregui, J. J. (1973). *La formación de la conciencia nacional*. Buenos Aires: Plus Ultra.

Ho Chi Minh (1971). *Escritos escogidos*. Buenos Aires: Che. Textos fundamentales del marxismo.

Jauretche, A. (1959). *Política nacional y revisionismo histórico*. Buenos Aires: Peña Lillo.

Martí, J. (1971). *Nuestra América. Martí y la primera revolución cubana*. Buenos Aires: CEAL.

Marx, K.

(1956). *El capital. Crítica de la economía política*. Buenos Aires: Cartago.

(1968). *Las luchas sociales en Francia*. Buenos Aires: Claridad.

Marx, K. y Engels, F.

(1973). *Sobre el colonialismo*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente.

- (1973). *Materiales para la historia de América Latina*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente.
- Olsson, G.
(1970a). Notas sobre el pensamiento nacional. *Antropología 3er Mundo*, (5).
- (1970b). *El resultado como fundamento de interpretación de la historia*. Mimeo.
- Panikkar, K. M. (1963). *Asia y la dominación occidental*. Buenos Aires. Eudeba.
- Perón, J. D. (1968). *La hora de los pueblos*. Buenos Aires: Editorial Norte.
- Ribeiro, D. (1969). *Las Américas y la civilización*. Buenos Aires: CEAL.
- Roig, A. A. (1981). *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. México: FCE.
- Romero, J. L.
(1965). *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*. Colección Tierra Firme. Buenos Aires: FCE.
- (1967). *Latinoamérica: situaciones e ideologías*. Buenos Aires: Ediciones del Candil.
- Scalabrini Ortiz, R. (1950). *Política británica en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Hechos e Ideas.
- Scannone, J. C. (29 de marzo de 2014). Las raíces del papa Francisco. El Concilio Vaticano II en América Latina. *L'Osservatore Romano*.
- Trías, V. (1967). *Imperialismo y geopolítica en América Latina*. Montevideo: Ediciones El Sol.
- Tse Tung, M. (1961). *Acerca de la práctica. A propósito de la contradicción*. Colección Clásicos del Pensamiento Actual. Buenos Aires: Ediciones Nuevas Sendas.
- Vitale, L. (1987). Haití: primera nación independiente de América Latina. *Todo es Historia*, (245).
- Weber, M.
(1955). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Revista de Derecho Privado.
- (1964). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México: FCE.
- (1982). La objetividad cognoscitiva de la ciencia social y la política social. *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Woodis, J. (1960). *África: los orígenes de la revolución*. Madrid: Ciencia Nueva.
- Worsley, P. (1966). *El tercer mundo: una nueva fuerza vital en los asuntos internacionales*. México: Siglo XXI.